

**Fascículo 22 – DE A DOS, CON LO PUESTO Y SIN LUJOS**

(Mc.6,6-13)

— Si les parece —dijo Teófila—, leernos el relato que continúa. Es corto.

*“Entonces fue dando una vuelta por las aldeas de alrededor, enseñando. Convocó a los Doce y comenzó a enviarlos de dos en dos, dándoles autoridad sobre los espíritus inmundos. Les prohibió tomar nada para el camino, solo un bastón: ni pan, ni alforja, ni dinero en la faja; llevar sandalias, sí, pero no ponerse dos túnicas. Además les dijo:*

*— Cuando en algún sitio se alojen en una casa, quédense en ella hasta que se vayan del lugar. Y si un lugar no los acoge ni los escucha, al marcharse sacúdanse el polvo de las suelas, como prueba contra ellos.*

*Ellos se marcharon y se pusieron a predicar que se enmendaran; expulsaban muchos demonios y, además, aplicaban unturas de aceite a muchos enfermos y los curaban” (Mc 6, 6-13).*

Miren, para un mejor seguimiento del relato, nos fijaremos, antes de nada, en el formato del texto. Se distinguen claramente tres partes: el envío de los discípulos con algunas consignas para el camino, unas instrucciones sobre el destino y, por último, la actividad realizada por ellos.

Marcos escribe como entrada: ***“Recorría las aldeas de alrededor, enseñando”***.

El movimiento descrito como comienzo de la escena (***“recorría”***) hace notar el alejamiento de nuestro protagonista del contexto local de su pueblo. Permite captar, al mismo tiempo, que el revés recibido en la sinagoga no hizo mella en su moral. Sin darle más importancia a los acontecimientos, persistió en su resuelta acción de transmitir el mensaje (***“enseñando”***).

Marcos precisa los lugares de menor entidad (***“las aldeas”***) seguidos en su itinerario. Señala sutilmente su relación geográfica con el pueblo (***“de alrededor”***), aunque presuponiendo cierta independencia respecto a su influjo. En este relato no se habla de la sinagoga; la acción transcurre en un entorno laico. Hay que pensar que, al estar más alejados de los círculos institucionales, la gente se hallaba menos supeditada a su ideario.

Al contrario de lo sucedido en la sinagoga, en estos poblados no aparece resistencia ni rechazo al mensaje. Nada se dice tampoco del grado de acogida que tuvo. Marcos únicamente se muestra interesado en destacar que el Galileo no interrumpió su tarea: ***“enseñando”***.

Pero, ante todo, este desplazamiento del Galileo sirve a Marcos como preámbulo al gesto importante que realizó a continuación: ***“Entonces convoca a los Doce”***. En la escena de la constitución de la Nueva Sociedad se recurrió también a este verbo en este mismo tiempo: ***“convoca”***. La coincidencia proporciona una primera pista que orienta a relacionar ambos relatos.

En aquel episodio la convocatoria se dirigió a un número indeterminado de seguidores y el objetivo principal fue la constitución de ***“los Doce”*** (Me 3, 13-19). En esta narración se les convoca a ellos, a los Doce, como reafirmación de la sociedad alternativa frente al desplante de la mayoría de su pueblo.

Nuestro narrador, como el Galileo, no se entretiene. Explica, sin tardanza, el sentido de la convocatoria: ***“y comenzó a enviarlos de dos en dos”***. A diferencia del episodio de la constitución de los doce, en el actual no se indica el cometido del encargo. De hecho, sorprende que no se mencione ninguno. Marcos carga exclusivamente las tintas sobre la condición de emisarios (***“de dos en dos”***).

Veamos. Tanto Mateo como Lucas han omitido esa locución de Marcos (***“de dos en dos”*** o ***“dos a dos”***). Ambos coinciden en que se les envía a proclamar el Reinado de Dios. Así han interpretado a Marcos. Nuestro narrador, en cambio, tiene otra línea pedagógica. La forma de enviarlos en representación de la nueva sociedad; sí revela, sin necesidad de decirlo, una praxis social, germen de una alternativa real y posible.

Aunque el hecho concuerda con la costumbre judía de enviar normalmente a dos mensajeros para una misión, la convocatoria previa citando a ***“los Doce”***, en lugar de decir: ***“los discípulos”***, implica el deseo del Galileo de que actúen representando a la sociedad alternativa. ***“Dos”*** simboliza, así, la cohesión como característica principal que define al grupo humano de donde proceden. Su unidad constituye la realidad visible que los destinatarios deben percibir como auténtica novedad social.

A la forma de mandarlos agrega Marcos: "*dádoles autoridad sobre los espíritus inmundos*". Los emisarios no van desarmados a su tarea, sino con la capacidad necesaria para desarrollarla. Al igual que en el episodio de la constitución de los Doce, parten con credenciales como delegados personales y plenipotenciarios de quien envía: "*dádoles autoridad*". Su autoridad se concreta identificando la realidad sobre la que se concede: "*sobre los espíritus inmundos*"; es decir, van pertrechados para superar con holgura las ideas persuasivas del nacionalismo violento.

El rechazo popular de Nazaret escoró, sin duda, el pensamiento del grupo de discípulos hacia sus habituales posiciones ideológicas y generó en ellos un mayor desánimo respecto al futuro del programa del Galileo. Nuestro protagonista no fue ajeno a ese repliegue. Para afrontar la situación, orientó su estrategia a despejar reservas ocultas respecto a su proyecto, forjando la lealtad de cada uno de ellos al mensaje con la experiencia. Su autoridad sobre las ideologías fanático-nacionalistas entrañaba que deberían enfrentarse con las ideas que ellos mismos apoyaban.

A partir de este momento, Marcos enumera las consignas que el Galileo dio a los emisarios. Tienen que ver con su equipamiento; también, con su manera de presentarse y estar en los lugares adonde se dirigen. Ahora bien, ni se concretan esos espacios ni se advierte nada respecto al contenido de la misión.

Nuestro narrador comienza diciendo: "*Les ordenó que no tomasen nada para el camino*". La fuerte exigencia inicial ("*les ordenó*") afecta a todas las indicaciones enunciadas a continuación. La citada en primer lugar, "*que no tomasen nada para el camino*", tiene un sentido categórico general que será matizado por las demás.

"*El camino*" confirma que la misión requiere andadura. Exige una disponibilidad total e inmediata para ponerse en marcha. No hay "*nada*" imprescindible para el trayecto, sino la voluntad de andar la ruta. Él no quiere que pierdan de vista que las auténticas necesidades están al otro lado, de manera que los adiestra en la praxis de la desprotección ("*que no tomasen nada*") como estrategia para evitar el inmovilismo y la ralentización de la partida.

Su enérgica disposición ambiciona fortificar la mutua solidaridad entre los emisarios. La unión entre ellos será su mejor equipaje. Una unidad vigorosa en la célula de emisarios garantiza su resistencia a la incitación del sistema a disgregarse con distracciones ajenas a la auténtica necesidad humana. Los emisarios se distinguen por su cohesión.

Hay únicamente una excepción en la exigencia del Galileo —siguió explicando Teófila—. Marcos la introduce explícitamente con una expresión indicando salvedad: "*excepto un bastón solamente*". El sustantivo usado por Marcos (*'bastón', 'palo', 'vara', 'cetro'*) excluye en este contexto cualquier significado asociado a mando, violencia, poder, administración o dirección. La excepcionalidad del bastón como elemento permitido para el viaje adquiere sentido por su vinculación con la andadura, por su condición de símbolo del caminante. El bastón identifica al discípulo en su misión itinerante. Repele la seducción del sedentarismo.

Con el fin de eliminar cualquier duda respecto a lo dicho anteriormente; "*Les ordenó que no tomasen nada para el camino, excepto un bastón solamente*", Marcos recoge con una enjundiosa concreción los tres elementos excluidos a conciencia por el Galileo del equipaje de los emisarios. Con ese descarte, perfilaba el sentido de su mandato: "*ni pan, ni alforja, ni calderilla en la faja*". El adverbio "*no*", acompañando a cada uno de los sustantivos, realza el carácter apodíctico de la prohibición.

El primero de ellos alude a la comida. El pan era en aquel tiempo el alimento principal. La exigencia de no llevar pan significaba para los discípulos desistir de asegurarse el sustento como requisito previo e indispensable antes de ponerse en marcha. No llevar pan refrendaba la urgencia de la misión. El encargo tiene la prioridad.

El segundo, "*alforja*", hace referencia a un utensilio propio del viajero donde se guardaban aquellos bienes considerados útiles para el trayecto. Privarse de la alforja representaba renunciar al deseo de acumular, como garantía de protección respecto a las circunstancias imprevisibles del camino. La alforja simboliza en este contexto el ansia irrefrenable de avituallarse. El Galileo requiere el abandono de la postura obsesionada por acaparar para el viaje porque se opone a la andadura. La inquietud por hacer acopio genera una cadena interminable de falsas necesidades a colmar que demoran indefinidamente la puesta en movimiento.

El tercero se aplicaba al dinero en su mínima expresión, la "*calderilla*". El término era suficiente por sí solo para hacer comprender su significado, pero se concreta añadiendo: "*en la faja*", indicando el lugar donde se acostumbraba a llevar el dinero. El vocablo "*ceñidor*" o "*fajín*" nombra a la prenda que ceñía la túnica a la cintura. En ella se guardaba el dinero aprovechando uno de sus dobleces. Llama la atención la mención de este dato innecesario.

Parece intencionado el uso de los términos "*faja*" y "*calderilla*". Este último sirve al Galileo para declarar como minucia el valor concedido al dinero. La expresión "*en la faja*" señala lo recóndito del ser humano donde se esconde la menudencia, fundiéndola consigo mismo. Con notable inteligencia, el Galileo reclama a los discípulos el abandono del criterio equivocado que concede el máximo valor a la pequeñez del dinero ("*calderilla*"). Él llegó a descubrir en la dura historia que le tocó vivir en Nazaret que la cohesión humana representa la auténtica riqueza.

Con estas instrucciones, el Galileo definió con exactitud su exigencia. "*Nada para el camino*" viene a ser el resultado de andar sin la seguridad del alimento, renunciando a acaparar y declarando la invalidez del sistema reconocido universalmente como el medio más poderoso, el dinero. Nada coincide con la insignificancia. Y eso es precisamente lo que nuestro hombre de Nazaret demanda a los suyos, que dejen de ser el centro de sí mismos y se identifiquen con los insignificantes, que se hagan como ellos, los sin nada. Eso sí, asumiendo su condición de itinerantes ("*excepto un bastón solamente*") como signo de su compromiso con el proyecto, y enarbolando la enseña de su cohesión ("*de dos en dos*"), símbolo de la nueva relación humana que ese proyecto representa.

Respecto a la marcha —continuó Teófila—, nuestro narrador incluye una nueva consigna: "*pero llevando calzadas las sandalias, y no ponerse dos túnicas*". La frase se introduce contrastando ("*pero*") las nuevas exigencias con las precedentes. Respecto a su primera parte, el significado de la consigna no debe considerarse como una nueva salvedad autorizando a llevar sandalias. Da por supuesto que las llevan. Se incita a abrocharlas como señal de firmeza y decisión de emprender la marcha.

La segunda parte de la frase incluye una nueva negación que afecta a la imagen de los emisarios: "*y no ponerse* (o "*vestirse*") *dos túnicas*". La túnica era la prenda que, en contacto con el cuerpo, lo cubría desde los hombros hasta la pantorrilla. Estaba confeccionada generalmente con o sin mangas, de algodón o lino. La prescripción del Galileo se centra en que no se vistan con dos túnicas para el viaje, como hacían los personajes de alto rango y nivel económico en señal de lujo y ostentación. Marcos menciona en otra única ocasión "*la túnica*" usando el plural, para dar a entender que el sumo sacerdote llevaba dos (Me 14, 63).

El contraste entre los dos elementos del vestido referidos por el Galileo resulta evidente. Mientras las sandalias son presentadas bajo una fórmula fuertemente positiva, animando a atarlas para comenzar a andar, la túnica se somete a la restricción de vestir con sólo una. Ambas indicaciones parecen obvias en apariencia, pero en su unión y su contraste encontramos un hondo significado. De nuevo el Galileo concede prioridad a la práctica itinerante. Las sandalias son un instrumento de necesidad primaria para el camino. Por el contrario, ir con dos túnicas puestas, además de ser un lujo discordante con el contenido del encargo, supone una molestia innecesaria que resta agilidad al desplazamiento. Así pues, con lo necesario y sin la inutilidad de la pompa.

Una vez terminadas las instrucciones sobre la manera de actuar durante el trayecto, Marcos abre el camino a la intervención directa del Galileo: "*y les dijo*", que expone nuevas consignas relacionadas ahora con el comportamiento de los enviados una vez en su destino: "*Cuando en algún sitio se alojen en una casa, quédense en ella hasta que se vayan del lugar*".

La primera parte de la indicación establece el supuesto de que los emisarios han sido bien recibidos y alojados en una casa de algún lugar indefinido. El acento recae sobre la "*casa*", el sitio de la acogida, el espacio simbólico propio de la nueva sociedad.

La segunda resume la consigna siguiendo la línea didáctica de las instrucciones dadas para el viaje. La permanencia fiel hasta el final equivale a la lealtad como respuesta a esa casa acogedora. El acogimiento generoso y afable ofrece el mejor terreno para la aceptación del mensaje.

Exigir la confortabilidad o un espacio de mejor acomodo, humillando la abierta hospitalidad, genera división, lo cual contradice la cohesión a la que ellos invitan. Andar cambiando de casa denunciaría la falsedad de lo que representan. La fidelidad como muestra de gratitud a la acogida debe ser total, ocupando todo el tiempo de la estancia en ese lugar.

El plan escogido por el Galileo para adiestrar a sus discípulos termina con otro caso hipotético inverso al anterior. El ejemplo recuerda lo acaecido en la asamblea de su pueblo: "*Pero cuando un lugar no los acoja, ni los escuchen*". Persiste la imprecisión, se habla con ambigüedad de cualquier colectivo humano con cierta entidad ("*un lugar*"). No hay mención de la "*casa*" porque faltará la acogida. La circunstancia concreta que se presupone está resumida con dos acciones negativas; "*no los acoja*" y "*ni los escuchen*". La primera se escribe en singular, reconociendo a la colectividad ("*un lugar*") como responsable del rechazo.

El segundo, a diferencia del primero, va en plural, con lo cual la imputación se hace a todos y cada uno de los individuos que conforman esa colectividad. El verbo escuchar sigue marcando la pauta de la respuesta individual al mensaje. Lo que no se escucha es la invitación a integrarse en el proyecto. El supuesto deja ver, por lo tanto, un rechazo a los emisarios y a lo que transmiten.

Las circunstancias expuestas por el Galileo a sus discípulos les alerta sobre las reacciones contrarias que encontrarán en su viaje. La situación presentada es similar a la vivida por él en Nazaret. Hay falta de acogida, oposición al mensaje. Al declarar esta coyuntura como normal, se resta importancia al episodio de su pueblo y se anima a los discípulos a no descomponerse ante circunstancias negativas de esta índole.

Asimismo, el Galileo demuestra su control ante la adversidad, aprovechándola para instruir en la práctica a sus seguidores. El hecho de que mencione la falta de escucha, sin que en la misión encomendada precisase nada sobre lo que los emisarios debían hablar, revela la importancia dada al aleccionamiento en este relato. No importa qué tienen que decir sino cómo deben reaccionar ante la cerrazón a la solidaridad.

El Galileo termina su programa de disposiciones, aportándoles las directrices sobre su manera de actuar ante esa contingencia negativa: "***al marcharse de allí sacúdanse el polvo de las suelas, como prueba contra ellos***". De entrada se transmite la idea de no emplear la réplica, sino un silencio que perdure y distancie ("***al marcharse***") del lugar ("***de allí***"). Acto seguido, les emplaza a desplegar una enérgica acción de respuesta ("***sacúdanse***"), concretada con una fórmula, cuyos términos dicen literalmente: "***el polvo, el de debajo de vuestros pies***".

Marcos, que antes había citado explícitamente el calzado de los viajeros para la marcha, omite ahora hablar de él. Para advertir de qué tierra habla, acude intencionadamente a la expresión "***el de debajo de vuestros pies***". Su fina anotación señalando los pies no despegan del camino y su andadura la mente del lector. El signo de hospitalidad demostrativo de la acogida al viajero consistía en el lavado de sus pies. El lavado de pies reconocía el esfuerzo por llegar, porque eliminaba las huellas propias de la caminata y proporcionaba las condiciones de limpieza idóneas para la casa y para la mesa. Por el contrario, soltar "***el polvo de debajo de los pies***" representaba dejar la prueba física de la estancia en el lugar, declarando la ausencia de acogida. El gesto registraba la ruptura de la comunicación provocada por el desaire al viajero ("***como prueba contra ellos***").

El Galileo no entró en polémicas con sus paisanos de Nazaret. Sencillamente sancionó su posición de antagonismo saliendo de allí y no regresando nunca. Él fue consciente de la urgencia de su misión; no perdió el tiempo intentando convencer a quien manifiestamente se situaba en contra de su proyecto. A los discípulos los entrenó siguiendo ese mismo criterio. Su apuesta por la alternativa debía forjarse en la adversidad y reafirmarse ante la respuesta hostil al mensaje.

Una vez terminadas las consignas directas del Galileo, el narrador toma de nuevo la palabra. En la tercera parte de este relato da cuenta de la marcha inmediata de los enviados y de su actividad posterior: "***Ellos se marcharon y se pusieron a proclamar que se enmendaran***". No hay dudas ni reticencias en los discípulos. La puesta en marcha se produce sin demoras.

Fíjense ahora en el siguiente detalle: la actividad que da a entender este verbo ("***proclamaron***"), empleado con carácter técnico para expresar la acción del anuncio de la buena noticia, no había sido demandada por el Galileo a sus discípulos. Pero tampoco ellos la realizaron en su sentido específico, sino que redujeron su contenido, según Marcos explica al escribir: "***que se enmendaran***". Los emisarios solicitaron con su anuncio un movimiento práctico de sus interlocutores, limitado a lo que fueron las exigencias de justicia del Bautista, las propias del tiempo anterior al de la nueva sociedad. En esos criterios reformistas estaban posicionados todavía los discípulos.

Este sutil apunte de Marcos revela las reservas de "***los Doce***" respecto al programa del Galileo y el mantenimiento de su propio ideario político.

El tiempo verbal, "***proclamaron***", despunta entre el resto de las formas verbales con las que Marcos elabora el catálogo de actividades realizadas por los discípulos, destacando la preeminencia de esa labor sobre las que se enuncian a continuación con los verbos en imperfecto: "***proclamaron que se enmendaran; expulsaban muchos demonios y, además, aplicaban unturas de aceite a muchos desfallecidos y los curaban***". La actitud de los discípulos, descubierta por la primera frase, "***proclamaron que se enmendaran***", se presenta como una clave de lectura para entender todo lo que hicieron. Se alejaron de la propuesta del Galileo y se limitaron a actuar desde sus propias convicciones, despertando en la gente sus dormidas ilusiones por derrocar al imperio dominante y conquistar la hegemonía política.

Choca a primera vista el éxito alcanzado por los enviados frente al revés sufrido por el Galileo en su pueblo y el tímido resultado obtenido en sus alrededores. La razón la encontramos en que nuestro protagonista presentó su propuesta, pero los discípulos no expusieron el mensaje, lo mutilaron, sin rescatar a la gente de sus categorías violentas. Se quedaron, pues, en el nivel de acción de Juan el Bautista y en el sueño imperialista alimentado por la tradición. Presentada como inminente la liberación del yugo impuesto por la dominación romana, la idea estimulaba fuertemente al optimismo en los más aplastados, por su hartura de sumisión y su empacho de esperanza.

Con ese mensaje, fue relativamente fácil ganar para su causa a los elementos más fanáticamente violentos, siempre necesitados de un líder consolidado y un mínimo de organización con la que encauzar su arrebatada agresividad. Los sobreexcedidos en ferocidad pudieron encontrar en el anuncio de los emisarios una vía de escape a ese superávit de belicosidad que les caracterizaba ("*expulsaban muchos demonios*").

Para los desfallecidos, la noticia del inminente cambio en la situación significó un impulso tan necesario como inesperado; un bálsamo ("*unturas de aceite*") que les proporcionó nuevas fuerzas y revitalizó sus perdidas ilusiones.

Marcos quiso dejarlo claro. El mensaje nacionalista transmitido por los discípulos daba ánimos, pero ese no era el camino marcado por el Galileo.